

## Editorial

## Salud: cuentas claras

Es hora de aclarar, de una vez por todas, las cuentas de la salud. No es justo para 46 millones de afiliados—casi la totalidad de los colombianos—que, desde el mismo momento en que se creó este sistema, periódicamente se anuncien cataclismos financieros, se vaticinen debacles asistenciales y consecuentemente se generen medidas coyunturales que van perdiendo vigencia, hasta que renace otra crisis.

Valga decir que tales crisis tienen apellidos de acuerdo con el actor que, en su momento, se sienta más afectado. Las hay de EPS—que reclaman por tener que gastar su patrimonio pagando beneficios no cubiertos por el POS—, de especialistas (escasos frente

a la demanda), de salud pública, de redes hospitalarias (inexistentes en muchas regiones), y por supuesto, de oportunidad y calidad, de las que se quejan los pacientes.

Pero hay una de estas crisis que parece permanente: la de las deudas con los hospitales. Este fenómeno, con cifras descritas en billones, merece especial atención.

Para empezar, nadie sabe de cuánto es ese monto. Más de 7 billones, dicen los hospitales privados; los públicos aseguran que son más de 5; menos de 3, replican las EPS; el Fosyga, por su parte, sostiene que bordea los 3 billones, y la Supersalud asevera que la cartera corriente no se ha deteriorado. Resulta vergonzoso que esta sea la única contabilidad del mundo con tanta disparidad. ¿Quién tiene la razón?

El asunto es que todos

La inyección a las deudas de los hospitales es una medida saludable. Pero estos esfuerzos pueden ser infructuosos si antes de pagar no se sabe cuánto se debe y a quién.

creen tenerla y, sobre la indiscutible premisa de que las deudas existen, urge tomar medidas como las anunciadas esta semana por el ministro Alejandro Gaviria, pero que al caer sobre el terreno árido del desacuerdo serán un paliativo temporal.

Aunque hay que recono-

cer que la inyección de un billón y medio de pesos, el destabe de las cuentas maestras, la reorientación de recursos de las cajas de compensación, los giros directos en el contributivo, los préstamos blandos y la exigencia de saneamientos financieros son acciones saludables, estos esfuerzos pueden ser infructuosos si antes de pagar no se sabe con exactitud cuánto se debe y a quién.

Nadie duda que la iliquidez encabeza la lista de problemas de este sector. Sin embargo, tal condición se agrava con el desorden y la actitud ventajosa de algunos actores, que terminan lucrándose del caos.

Para la muestra, el Plan Único de Cuentas (PUC)—una herramienta básica necesaria—no lo aplican todas las entidades involucradas en estos procesos; la gestión del riesgo financiero la hacen en función de

los servicios, y no de los pacientes; algunas distorsionan costos con el cruce interno de subsidios; otras transfieren costos del POS al no POS; muchas inducen demanda con nuevas tecnologías y hasta compensan tarifas elevando el precio de los insumos. Además, una mirada a la página de la Supersalud demuestra que la mayoría de las IPS no envían sus balances como dicta la norma.

Por último, la corrupción y la politiquería lesionan a muchos hospitales, tanto como sus carteras. De ahí que atacar de frente todos estos factores ayudaría también a aclarar las deudas, a entender mejor cómo se gasta la plata y a determinar la seriedad de las crisis que, frecuentemente, hacen erupción en un sector en el que todos sus actores deberían poner algo más que exigencias.

## En el fondo del mar

Buena parte de la historia espera, en el fondo del mar, a ser contada. Resulta increíble la noticia de que un barco colonial de 1741 fue encontrado cerca del fuerte de San Juan de Manzanillo, en Cartagena, en las aguas frente a la casa de huéspedes ilustres de la Presidencia de la República, por un grupo de investigadores de la Universidad Externado de Colombia, pero lo cierto es que el pasado se sigue revelando y continúa recordándonos deudas pendientes, como encontrando nuevas piezas de un rompecabezas.

Según la cartografía de la época,

los restos hallados—más de 100 piezas y un cañón—pertenecieron a uno de los navíos ingleses que, para evitar la inminente invasión de los británicos, fueron hundidos por la resistencia encabezada por el almirante español Blas de Lezo.

La expedición empezó hace exactamente un año, cuando, gracias al sofisticado sensor que sirvió para la exploración del Titanic (el célebre Side Scan Sonar EdgeTech 4200), se hallaron las primeras señales del naufragio.

Por sensacional que resulte la noticia, toda una novela de aventuras,

ha puesto en evidencia lo poco acostumbrados que estamos los colombianos—y cómo poco a poco hemos estado dedicándonos más y más—a rescatar el pasado, a revivir los episodios que nos han convertido en la cultura que somos, a preservar nuestro patrimonio. De hecho, tal como informaron los expertos de la Universidad Externado, los restos de la embarcación se encuentran aún en las profundidades del océano, pues no hay en la Cartagena de hoy ni presupuestos ni lugares para conservar este tipo de bienes.

En un país ocupado en tantas ba-

tallas urgentes, todas causadas por una inequidad que ha sido una plaga, suena suntuoso eso de dedicarse a rescatar las naves enemigas del siglo XVIII, pero lo cierto es que hablaría bien de la nación encontrar el modo de hacerlo, y el dinero para conseguirlo, pues muchas de las confrontaciones de hoy comenzaron siglos atrás, y la peor de las luchas colombianas ha sido, por pérdida, la que ha estado librando contra su empeño de olvidar los desmanes, las contradicciones y las verdades de su historia.

editorial@eltiempo.com.co

## El lugar de la palabra

## El verano nunca llegó...

Alfonso Carvajal

William Ospina es un magnífico ensayista y poeta. Como novelista, su propuesta narrativa es ambigua y en los albores del siglo XXI esto no es un asunto despreciable. Esperaba más de *El año del verano que nunca llegó*; no en el lenguaje ni en las ideas, que maneja con brillo, sino en la estructura novelesca, en las voces, en construir personajes y darles vida. El verano está lleno de descripciones galantes, mas la tensión dramática se difumina. Sé que a finales del siglo XVIII el romántico Friedrich Schlegel habló de la disolución de los géneros literarios; no obstante, en la novela, así converjan otros géneros como el ensayo, la anécdota, la imagen poética, las ideas filosóficas, el motor narrativo siempre debe primar sobre la forma. El solo sustento en el artificio, en la frase melodiosa, en el apunte lúcido, no es suficiente en un ente de largo aliento.

Sabemos de Shelley, Mary y Byron, y los demás personajes, por un narrador en tercera persona, que exhibe su erudición, mas no conocemos la psicología de los personajes, están distantes de la emoción del lector. De otro lado, como novedad escuchamos la voz del autor en primera persona y, aunque le da un matiz diferente a la narración, su protagonismo es intrascendente en el argumento dramático. Si, la arquitectura del texto es prodigiosa, pero la sangre interna de la narración bombea frágilmente. Quedamos a merced de pinceladas como "era sobrio, era casi imperceptible para quien solo se detiene en el ruido y los grandes gestos". Mientras que en la saga anterior Ospina se sostiene en una poesía retórica, en la exaltación del conquistador ante una naturaleza salvaje, aquí es el tono ensayístico y autobiográfico el que alimenta un episodio europeo; no hay conflicto entre los verdaderos personajes, entonces prevalece un parlamento *ad infinitum*; hay alguien que nos cuenta todo, mientras los protagonistas de la ficción callan: son almas del silencio. Figuras detenidas en un tiempo ya remoto, estéril. A eso me refiero. La carpintería con el lenguaje y la investigación son luminosas, pero el núcleo narrativo de este momento que marcó la literatura mundial en una lejana Villa Diodati nos deja expectantes. Fragmentos memorables salvan el libro, pero no sé si a la novela. Aquí podemos parodiar a Shakespeare: *To be or not to be*, novela o no novela, allí radica la vieja cuestión.

## Nuestra justicia y nuestra política



## El arca de Noé

## Justicia para Trinita

Luis Noé Ochoa

Este diario publicó la impresionante historia de María Trinidad Cortés, de Pauna (Boyacá), "para servir a usted, menos prestaciones", la empleada doméstica Trinita, a quien hacían trinar unos patrones despiadados, en Medellín.

Eh, ave María, dice que ella trabajó durante 35 años sin que le pagaran sueldo, menos prestaciones, ni la afiliaran al sistema de salud. Era una esclava que laboraba por la comida y la dormida. Y eso que dormía poco. Nunca supo de una prima. Solo de una sobrina, que no pudo ayudarla a tiempo.

Las salidas más largas que tenía eran a comprar lo del diario, al supermercado, y sospecho que pedía rebaja para ahorrarles. Y a veces la dejaban ir a misa. Seguramente para que rezara por que a sus amos les fuera bien en los negocios, pues tienen industrias y fincas ganaderas. Para que Dios le diera a ella salud para trabajar duro, para que la iluminara y le mejorara la sazón.

Parte el alma conocer casos como este, en el que, de golpe, en el Día Internacional del Empleado

## Salud: en cuidados intensivos



de sus jefes. Saben lo que está mal y lo que es arepa. Y, lo más importante, hacen ese bello pero ingrato oficio de cocinar delicioso lo típico, lo de sus regiones, O, inclusive, recetas internacionales, "pa' los doctores".

Ellas saben todo: cómo se le hacen los huevos al señor, que algunas veces quiere cogerles el rabano por las hojas; saben de dietas, de las horas de los medicamentos, son secretarías y enfermeras, psicólogas, paño de lágrimas.

Muchas veces son la flor del jardín; otras fueron el "personaje" protegido del policía de la esquina, que daba la vida por ellas. Suelen ser también desvelo de los vigilantes.

Pero, en todo caso, estas fieles servidoras, que generalmente vienen del campo, son valiosas y vitales en la sociedad. Y tienen que recibir no solo cariño y respeto, sino un pago justo y oportunidades. Porque es triste que una empleada del servicio viva en la olla.

Por eso está bien que se esté cocinando en el Congreso el proyecto de ley que busca que les den una prima de trabajo, que es importante para la igualdad. No para que les digan que son unas igualadas, sino para la igualdad social. Aunque es de ley que todo el que gane el salario mínimo la reciba. Así que mi movimiento político, el Polo Democrático, está con las empleadas domésticas. Y para Trinita, que haya verdad, justicia y reparación.

luioch@eltiempo.com.co

## EL TIEMPO

CASA EDITORIAL  
FUNDADO EL 30 DE ENERO DE 1911

Director General  
Roberto Pombo  
Gerente General CEET  
Juan Guillermo Araya

CONTENIDO  
Subdirector de Información  
Andrés Mompotes  
Subdirector de Opinión  
Ricardo Ávila  
Editor Multimedia  
Darío Restrepo  
Editor Jefe  
Ernesto Cortés

Director Propietario: Eduardo Santos 1974  
Fundador: Alfonso Villegas R. 1945

NEGOCIOS  
Gerente de EL TIEMPO  
Santiago Álvarez  
Gerente de Operaciones  
Ubaldo Vidal  
Gerente Financiero y USC  
David Matos  
Gerente de Publicidad  
Jorge Stellabatti

CITYTV  
Gerente: Lorencia Santamaría

www.eltiempo.com  
EL TIEMPO: PBX 2940100  
Avenida Calle 26 No. 688-70 Bogotá  
Línea única de suscripciones Bogotá:  
3538888 - Línea nacional 01800018080.  
De lunes a viernes de 7am a 8pm sábados y  
domingos de 8 am a 1 pm.  
Línea de servicio al cliente Bogotá:  
5744444 - Línea nacional 01800070221.  
Fax nacional: 01800029100 extensión 11.  
Condominios: PBX 2940100 ext. 5418.  
3204900263 - 323240774.  
Clasificados: teléfono 4266000.  
Línea 018000110 960.  
Redacción: PBX 2940100. Fax 2942200.  
Regionales: línea 018000111 077.  
Publicidad: PBX 2940100 ext. 3150.  
Avenida Calle 26 No. 688 - 70,  
Bogotá Colombia

© 2015 CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A.  
Prohibida su reproducción total o parcial, así como su  
reproducción en cualquier forma sin autorización escrita de la  
editorial. Reproduction in whole or in part or translation without  
written permission is prohibited. All rights reserved.